

# El contubernio "jotansoniano"

Debe imaginarse Luis María Ansón\* que ha ingresado en la Academia Francesa en lugar de haberlo hecho en la Española; porque, cuando en sus declaraciones se ha colegido cierto tufo a conspiración, ha renegado, y más de tres veces, del Diccionario de la Academia, que sólo aduce como explicación del término: "Unirse contra un superior o un particular"; y en conspirar, habla de "superior o soberano", así como "unirse contra un particular para hacerle daño".

Mauro ARMIÑO

**O** sea, que no hay por qué temer conspirar ni conspiración: no son nada del otro mundo según ese malhadado diccionario. Menos conspiraciones, pronunciamientos y conjuras tuvieron en el siglo XIX Francia e Inglaterra, y sin embargo sus diccionarios recogen el significado del que Ansón huye. Dice el Robert: "Acuerdo secreto entre dos o más personas con vistas a derrocar el poder establecido." Y un Cambridge cualquiera explica el verbo inglés: "Trabajar ilegalmente contra el Gobierno."

Ante su rechazo, llamemos contubernio ("cohabitación ilícita") a lo que ha declarado que hacían en su despacho de *Abc* periodistas y escritores: unir plumas y periódicos, gargajear maldiciones, amasar mentiras con verdades y verdades entre-



## Bienvenida la boca de Ansón, que confiesa lo que ya hace tiempo había aventado el rumor

verdades de mentiras para derrocar al adversario. Pero este Avinareta de conspirador no inspira la ternura del niño travieso de George Brown que mete el

\*La manía de Ansón por quitarle el acento a su apellido tiene más de capricho de embarazada que de sentido filológico. Mal recuerdo tiene ese apellido de "Anson" para los valores patrios: lo llevó un corsario inglés, George Anson (1697-1762), depredador de bajeles españoles que, por tales tropelías, llegó a lord y almirante de la Armada inglesa.



Del Pozo pasea el marchamo de izquierda. Cela siempre respiró por el mismo costado.

dedo en el ojo y se ceba para demostrar poder y listeza; como los conspiradores decimonónicos, Ansón, envuelto en el embozo de la hipocresía, hizo comandita para sacarle un ojo a la democracia y arrear pedradas a la crisma del Gobierno. Confesión de parte, que no comparten sus antiguos aliados, Pedro Jota, Sebastián, Martín Fe-

rand, y los miembros de la AEPI, aquella asociación de escritores y periodistas que fundaron, ya se ha visto para qué, y entonces ya se veía quien quería verlo: le han llamado de todo: traidor, mamá de Tarzán (Pedrojota), miserable, ridículo (Jiménez Losantos), abuelo Cebolleta (Guillermo Gortázar, ideólogo del PP). ¡Y el pobre Ansón que tenía como editorialista político en *Abc* a Gabriel Cisneros, diputado y alto mando en Génova!

**Un caballero español.** Siento debilidad por Ansón, ese conspirador de guardarropía —el otro no, el otro te deja en la cuneta con un tiro—, como la siento por los poetas malditos y los periodistas malvados, los enanos de Velázquez y los esperpentos de Valle-Inclán; pero por más ternura y debilidad que inspire, este embozado tiene un defecto peliagudo: es todo un caballero español, es decir seductor, cínico y tartufo, que habla de los intereses de la patria como el personaje de Molière hablaba de los intereses del cielo: para trabucar y barajarlo todo, colarse de rondón en las casas, dirigir la conciencia desde el periódico y dejarnos sin la pobre herencia que se ha conseguido tras la muerte del dictador: esta democracia que hace agua por todos sus agujeros, pero infinitamente mejor que lo que proponen parciales de la calaña de *pedrojotas*, *trevijanos* y demás zahúrda, capaces de convertirse en "conciencia" de este país y orientarnos el voto. Y en caso necesario, utilizar las botas.

Nadie puede discutir los resultados electorales: la democracia es esto, y en ella tanto vale el voto necio como el voto catedrático, el voto manipulado

como el interesado, el voto de quien está en el limbo como el de quien está en el vídeo. Pero bienvenida sea la boca de Ansón, que

confiesa lo que ya hace tiempo había aventado el rumor; estos personajes erigidos en salvadores se trabajaban los intereses del cielo de la ambición, el poder y el dinero, mientras García Trevijano nos preparaba la Constitución que hizo para Guinea, país del que hubo de salir más que corriendo para venir aquí a crear piojos.